Todas estas manifestaciones de alegria debian ser de muy corta duracion, en vez de inspirarle aficion al mundo, no hicieron mas que confirmarla en su propósito de vivir en él retirada. Debia ante todo cumplir con una de sus obligaciones de madre, tratando de la colocacion de Juana, su hija menor. Al efecto, Madama de Lestonnac se fué á tratar de ello con el baron de Landiras su hijo, "nombrado desde 1603, gentilhombre de cámara del rey Enrique IV, y capitan de una compañía de caballeria ligera (1).

Francisco de Montferrant residia á la sazon habitualmente con su familia en Landiras, antigua morada de los barones, sus antepasados (2). El castillo de Landiras, del cual ya no quedan mas que ruinas, se remontaba hasta el siglo XII, y formaba un cuadrado flanqueado de torres en los ángulos; la puerta de entrada, estaba protegida por otras dos torres polígonas. Acababa entónces de ser reparado, ciñéndole de fortificaciones y rodeándole con dobles fosos llenos de agua (3). Madama de Lestonnac llevó consigo la alegria á esta antigua morada, en la cual todo se convirtió en fiesta para celebrar su venida. La nobleza de los alrededores acudió á felicitar á los hijos y á cumplimentar á la madre.

Por este mismo tiempo inspiró Dios á la santa viuda un viaje á Perigord, para procurar á varias almas de buena voluntad un medio de salud y santificacion (4). Entre las personas que allí encontró y cuya estimacion se granjeó,

(1) Bibliothèque nationale, collections de Clairembault, vol. 837.

(2) Cuando Bernardo de Montferrant, que sucedió á su padre hácia 1619, obtuvo en Setiembre de 1651 la ereccion en marquesado de la baronía de Landiras, las letras patentes dicen que esta tierra, *la segunda baronia de Guiena*, estaba en su casa hacia más de cuatrocientos años y que la formaban cinco parroquias de nueve leguas de extension. (*Essai généalogique sur les Montferrand de Guyenne*. Pièces justificatives, n.º XLIX,)

(3) Jouannet, *Statistique de la Gironde*, t. I, p. 275.—Acerca del castillo de Landiras, véase tambien: *La Guyenne militaire pendant la domination anglaise*, por Leon Drouyn.

(4) Segun los biógrafos de la venerable Madre, este viaje lo emprendió con ocasion del matrimonio de su hija Juana con el baron de Arpailhan. Pero este baron era del Bazadais y no de Perigord; además, un documento de los archivos de la Gironda indica positivamente la fecha de 1608, para el contrato matrimonial, añadiendo que Francisco de Montferrant representaba cerca de su hermana á la madre de ambos, religiosa entónces del monasterio del Espíritu Santo.

hay que contar en primer lugar á la condesa de Curson y á Madama de Lauzun, su madre. Mas adelante veremos á estas nobles señoras darle pruebas de su antigua amistad, ayudándola con todo su crédito en la fundacion de la casa de Pau. Tambien se aficionaron á ella de un modo particular dos jóvenes, Francisca y Susana de Puyferrat, á quienes el mundo se presentaba lleno de atractivos, mas la semilla de la vocacion religiosa, echada como de paso en sus corazones, debia germinar y producir un dia frutos abundantes de gracia y perfeccion.

Sin embargo, la conquista mas importante de este viaje de Perigord, fue una jóven de veinte años de edad, á quien tuvo ocasion de ver en el castillo de Vertillac. Susana de Briançon, leemos en la *Histoire de l' Ordre* (1), dotada de todos los atractivos del espiritu, tuvo la desgracia de nacer de madre calvinista; y su padre, aunque católico, permitió, por una culpable condescendencia, que fuera bautizada en la capilla calvinista y educada en la herejía. La madre logró desgraciadamente inculcar en su hija sus principios y hacer de ella una hábil y pertinaz hugonota. Presintiendo Madama de Lestonnac los designios de Dios sobre esta alma escogida, se aficionó á ella y logró ganar, por su fervorosa piedad, á esta alma obstinada en la herejía, á quien no hubiera podido convencer ninguna discusion. Al llegar el momento de separarse, no estaba aún acabada del todo la conversion; pero la sierva de Dios continuó, por medio de frecuente correspondencia epistolar, la obra comenzada.

Despues de haber cumplido los deberes de madre con sus hijos, Madama de Lestonnac, desembarazada ya de todos los cuidados terrenos, no pensó mas que en retirarse á la soledad. Eligió para esto la tierra de La Mothe-Darriet, dependencia de la de Landiras. Por espacio de dos años,

(1) Bouzonnier, t. I, p. 558.

léjos del bullicio del mundo, se dió de lleno al fervor, sin mas compañia que algunos domésticos, y por toda ocupacion, el cuidado de pensar en Dios. Con la apariencia exterior de una vida comun, practicaba todas las virtudes del estado religioso. En nada se distinguia ni se singularizaba, nos dice el P. Beaufils, en esta especie de desierto, que habia escogido para sí. Todo el tiempo lo empleaba en la oracion, ó en ejercicios de caridad con los pobres y con los enfermos del campo, á quienes iba á visitar, proporcionándoles toda suerte de alivio. En sus íntimas comunicaciones con Nuestro Señor, le pedia con instancia le diera á conocer su divina voluntad, no teniendo más deseo que el de hacerse agradable á sus ojos, y de procurar su gloria. Este era el blanco de sus oraciones, de sus limosnas y de todas sus buenas obras (1).

No tardó Dios en escucharla, favoreciéndola con especiales gracias. Ahora volvió á sentir con frecuencia, como antes, secretas inspiraciones, que la llevaban á dedicarse á la salvacion de las almas; pero comprendió mejor, que su celo debia emplearse ante todo en la educacion de las jóvenes, que corrian peligro de caer en los errores de Calvino. Le pareció aún mas; que Nuestro Señor le pedia que buscara algunas compañeras, que secundasen sus esfuerzos en tan trabajoso ministerio. No obstante, estas últimas inspiraciones, aunque conforme con las luces recibidas ántes de su salida de las Fuldenses, no le parecieron del todo exentas de ilusiones. Mas cómo cerciorarse de esto? Cómo llegar á la resolucion de sus dudas, viviendo en un desierto, privada de consejos acertados y casi de todo auxilio? Acudió por largo tiempo á la oracion, para conocer la voluntad divina, y se convenció de que el mismo Espíritu que la habia conducido al desierto, la obligaba ahora á salir de él cuanto ántes. Resolvió pues volverse á Burdeos, persuadida de que allí encontraria una direccion segura, la solucion de todas sus dificultades y plena luz sobre su fu-

(1) *Vie de la vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, p. 59.

tura suerte. Mas el suceso no correspondió en un principio á sus esperanzas (1).

Los Jesuitas, despues de establecerse en Burdeos, no habian cesado, por sus predicaciones y enseñanzas, de producir alli frutos de salvacion en las almas. El P. de Lestonnac, que habia venido, en 1600, á continuar los estudios de teologia en aquel colegio, estaba entónces en él como *operario* (2), despues de haber desempeñado un año el cargo de inspector de las clases (3). Por consejo de su hermano, Madama de Lestonnac se dirigió al P. Ménage y al P. Marguestaud, que luego fue confesor de la reina de España (4). Estos dos Padres, religiosos de gran mérito, á quienes la sierva de Dios expuso el estado de su alma y el plan que meditaba, no se atrevieron ni á desaprobarla ni á animarla, mas bien le dieron á entender, que seria prudente se ocupara en obras más acomodadas á su estado y á su categoría.

Nada demuestra mejor cuán sólida era la virtud de la piadosa viuda, que su completa aquiescencia á resoluciones tan distantes de sus propias inspiraciones. Fue tan perfecta su docilidad, que se sometió sin reserva y sin oponer la más mínima observacion; y esta contrariedad no alteró ni por un momento la paz de su corazon. Todavia mas generosa, escogió por directores espirituales á estos dos hombres, cuya sinceridad era garantía de su rectitud, y por deferencia á sus consejos, se entregó de lleno al ejercicio de buenas obras. Se la veia continuamente recorrer las calles de la ciudad, dirigiéndose á los hospitales y á las cárceles, para distribuir alli limosnas y para procurar á los enfermos y á los presos algun consuelo.

No tardó en abrirse un vasto campo al ardor de su celo. La peste, que se presentó por primera vez en Burdeos, du-

(1) Teyssèdre, p. 26.
(2) Obrero, Padre misionero.
(3) Cf. *Catalogues de la province d'Aquitaine.*
(4) El P. Marguestaud era hijo de Madama de Polastron, fundadora del monasterio de las Fuldenses. (Véase anteriormente, cap. III.)

rante el invierno de 1604, redobló su fuerza y creció tanto en la primavera de 1605, que diezmó la poblacion durante los calores excesivos del estio (1). Madama de Lestonnac se dedicó sin reserva al servicio de los apestados, multiplicando en alguna manera su abnegacion, para llevar á todas partes auxilio y aliento. Entraba hasta en las casas señaladas con una cruz roja, contraseña de aquella plaga, y á la cabecera de los moribundos, competia con los médicos y los sacerdotes en serenidad y en celo espiritual. Este heroismo fue uno de los medios de que Dios se sirvió, para realizar al fin las miras de su misericordia, por la mediacion de su humilde sierva. Movidas por su ejemplo, se unieron á ella algunas doncellas virtuosas, sin otro designio que el de imitar su caridad; pero en el plan de la Providencia, éstas debian ser las primeras piedras vivas, destinadas á servir de base á un nuevo edificio, ornamento espiritual de la santa Iglesia. "Para activar su construccion, la divina Providencia, usando hasta el fin de delicadeza, iba á promover un concurso eficaz, precisamente en el mismo terreno, donde se habia levantado la oposicion mas reciente (2).„

Habia entónces en el colegio de Burdeos dos Jesuitas, de virtud eminente, el P. de Bordes y el P. Raymond, que ejercitaban sus ministerios en la ciudad y en la provincia. El primero, que habia sido Rector en los colegios de Agen y de Auch, y pasó á ser el cooperador de la venerable Madre de Lestonnac en la fundacion de la Orden de Hijas de Nuestra Señora, merecen particular mencion. Los inmensos trabajos de este celoso misionero (3), uno de los hombres más grandes, más santos y más sábios del primer siglo de la Compañia, han hecho que se le llame justamente el Francisco Regis de la Saintonge, de los valles bearneses, del Lavedan, de Aspe y de Oloron.

(1) *Histoire du Cardinal de Sourdis*, p. 90.
(2) Teyssèdre, p. 27.
(3) Véase la reseña en que el P. Teyssèdre ha completado, despues de Alegambe, el *Ménologie de la Compagnie de Jésus*. (Toulouse, 1884.)

El P. Juan de Bordes nació en Burdeos, en 1559. Lo que los historiadores de la Compañia cuentan de él, desde su juventud, parece verdaderamente prodigioso. Habia aprendido y poseia muy bien, dice el P. Alegambe, todo lo que un hombre puede aprender; medicina, botánica, cosmografia, matemáticas, música, pintura, letras divinas y humanas, conocimientos universales de las artes y de las ciencias. y era capaz de enseñarlo todo. Enseñó con gran éxito filosofia y teologia. Sus lecciones excitaban tal entusiasmo, que habiendo invadido la peste repentinamente la ciudad de Milan, donde se hallaba enseñando retórica, la juventud milanesa le siguió en masa á un pueblo inmediato, donde él continuó sus lecciones de elocuencia. Provocado de improviso en sus misiones por ministros calvinistas, que le citaban páginas enteras de textos griegos y hebreos, que tenian acopiadas con mucha anticipacion, respondia al punto y les cerraba la boca, con aquellos mismos autores, que le oponian.

El P. Raymond, como el P. de Bordes, estaba inflamado de celo contra el Calvinismo. Desde el edicto de Nantes, iba haciendo cada dia nuevos progresos la herejía, y los dos se afligian en gran manera por los estragos que causaba en el Mediodía. Las jóvenes de la nobleza, privadas de escuelas católicas, se hallaban, á su juicio, en inminente peligro de perder la fe. Los dos Padres, celosísimos de la salvacion de las almas, trataban muchas veces de este desórden, del cual se lamentaban, sin poderlo remediar. Por eso pedian con lágrimas á nuestro divino Salvador y á su Santísima Madre, que pusieran pronto remedio á tan gran mal, suscitando por ejemplo, una mujer fuerte, capaz de hacer frente y oposicion á las maestras calvinistas.

Dios se dignó escuchar los ruegos de estos sus fieles siervos, y les reveló anticipadamente sus misericordiosos designios. Era el 23 de Setiembre del año 1605, dia en que la Iglesia celebra la fiesta de Santa Tecla, vírgen de Isauria, convertida por San Pablo. Celebraban los dos á la misma hora el santo sacrificio de la misa, cuando á un tiempo fue-

ron ilustrados con una vivísima luz. Nuestro Señor les pedia la creacion de una Orden de Religiosas consagradas á la educacion de las jóvenes; y la Reina del cielo "en calidad de Reina de los Apóstoles", queria tener una Compañia, que llevase su nombre y tomase por modelo á la Compañia de Jesus, su divino Hijo, Rey de los Apóstoles. Esta revelacion produjo en el ánimo de los dos Padres una viva impresion, y se apresuraron á comunicarse el uno al otro este favor tan extraordinario. Cuál no seria su asombro, al encontrarse con que nada nuevo se decian! Reconociendo en esta conformidad de tan notables circunstancias una señal manifiesta de la voluntad del cielo, se resolvieron á poner manos á la obra, sin la menor dilacion.

Ante todo era menester dar con una persona de celo y abnegacion, para ponerla al frente de la empresa. Dios, en sus eternos decretos, habia ya señalado á Madama de Lestonnac para fundadora del nuevo Instituto; pero no descubrió inmediatamente este misterio á los que de él habian recibido el encargo de ejecutar sus designios. Puestos ya de acuerdo respecto á las medidas que habia que adoptar, les pareció haber hallado la persona que buscaban. Era esta una señora de calidad, poseedora de grandes bienes, que con una virtud poco comun juntaba muy buen talento y mucha prudencia. La eleccion de Dios no era conforme á la de sus ministros, y asi la persona en quien habian pensado, rechazó siempre la proposicion de sus directores.

Despues de esta infructuosa tentativa, se preguntaron si seria tal vez la escogida de Dios Madama de Lestonnac, aquella mujer de grande ánimo, de rara prudencia, cuyos méritos y virtudes se elogiaban en toda la ciudad. Esta era efectivamente la que convenia para la ejecucion de sus designios; pero ¿cómo descubrir y exponer tal proyecto á una persona, con quien no tenian relacion de ningun género? Nuestro Señor quiso remover en seguida aquel obstáculo. El P. de Lestonnac se hallaba aún en el colegio de Burdeos, del cual debia ausentarse muy pronto, para volver á Tolosa. Le rogaron que les proporcionase ántes una entrevista con su hermana, para tratar de un negocio importante, en que se interesaba el servicio de Dios (1).

Madama de Lestonnac no se mostró sorprendida de esta declaracion: ella habia tenido el mismo pensamiento y formado los mismos proyectos. Convencida más y más de la voluntad de Dios, se alegró mucho de ver, cómo la obra divina se encaminaba poco á poco á su término. Sin embargo, al rogarle que manifestara su modo de pensar, no se atrevió á dar respuesta alguna definitiva, y por lo mismo nada se resolvió en esta primera entrevista. Tal actitud y tal resultado causarían quizás extrañeza, si no pudieran facilmente explicarse por las virtudes de la piadosa viuda. Tal vez, quiso tomarse tiempo para consultarlo con el Señor en la oracion; quizá tambien se turbó, por humildad, al pensar en la honra que se le ofrecia. Sea como quiera, ya en adelante no podia durar mucho la dilacion. Dios mismo dirigia esta empresa, y ahora iba á quitar por otro prodigio, toda excusa á estas apariencias de resistencia (2).

(1) Beaufils, p. 69.

(2) Por esta misma época, el P. Lancelot Marin, Jesuita de la provincia de Francia, trataba de un modo muy semejante con Madama de Sainte-Beuve, futura fundadora de las Ursulinas de Paris. "El buen Padre deploraba como de ordinario lo solia hacer, los peligros á que exponian á la iglesia de Francia, la herejía y las malas costumbres, cuando he aquí, que cediendo repentinamente á la vehemencia de los sentimientos, que en ella excitaban siempre semejantes reflexiones: "Os confieso, Padre mio, dijo la santa viuda, que hace mucho tiempo me siento impulsada por grandes y contínuos deseos de hacer algo para conjurar este peligro y promover la gloria de Dios! Pero estos deseos son para mí un manantial de dolor y de confusion, tan incapaz me siento de ponerlos por obra. Decidme, Padre mio, añadió, ¿conoceis vos tal vez algun medio para ello? —Madama, respondió el Padre, permitidme que os diga lo que Dios ha puesto en mi mente, valiéndome al efecto de una sencilla comparacion: figuraos una hermosa manzana que se ha podrido; qué habrá que hacer para renovarla, sino extraer las pepitas de en medio de la podredumbre, plantarlas en buena tierra, abonarlas y regarlas, de suerte que lleguen á producir árboles, los cuales á su tiempo producirán manzanas tan hermosas como aquella, de donde ellos mismos nacieron? Pues del mismo modo, para renovar el mundo corrompido, habria que empezar por la juventud. Nuestro bienaventurado Padre Ignacio, dirigió su vista á este blanco, al destinar nuestra Compañia á la buena educacion de los jóvenes. Seria cosa muy laudable y de gran utilidad, fundar una congregacion á la cual, como á terreno fértil, se trasplantasen las jóvenes; para que despues de recibir en

Un dia que el P. de Bordes celebraba la misa con extraordinario fervor, implorando el auxilio de lo alto, para conocer el instrumento de la obra proyectada, al llegar á la mitad del santo sacrificio tuvo esta vision. Apareciósele el apóstol San Pedro acompañado de San Juan, señalando con la mano á la piadosa viuda, postrada de rodillas á unos cuantos pasos del altar. Esto era indicar clarísimamente la persona, que Dios habia escogido para fundadora del nuevo Instituto. Madama de Lestonnac, por su parte, se sintió tambien en el mismo instante como investida de una luz celestial, y oyó una voz interior, que le ordenaba consentir en aquella eleccion, de que era objeto. Sin embargo, el uno y la otra ignoraban el prodigio que Nuestro Señor acababa de obrar en sus almas.

Sin duda la humildad de Madama de Lestonnac pareció sobresaltarse otra vez, por el título con que querían honrarla; pero el recuerdo de aquella vision milagrosa debia remover todo obstáculo para una conclusion definitiva. Por otra parte el P. de Bordes profetizó á la sierva de Dios, en una entrevista que tuvieron pocos dias despues, no honras ni gloria, que era lo que ella temia, sino las ignominias y cruces, que le habia de costar la fundacion de las Hijas de Nuestra Señora. Esta perspectiva tan poco halagüeña reanimó su espíritu, en vez de acobardarle; la futura fundadora triunfó de todas las repugnancias de su corazon, cuando el P. de Bordes, hizo que se persuadiera, con el recuerdo de la vision, que resistiria formalmente á las órdenes del cielo.

"No sin especial providencia, nota el P. Teyssèdre, interviene el Príncipe de los apóstoles en estos prodigios. En este solo hecho hay una verdadera profecia del destino militante de las Hijas de Nuestra Señora.

ella cristiana educacion, saliesen luego de allí para llevar la virtud al seno de las familias. Bien arregladas éstas, reformarian las ciudades y las provincias; y asi el mundo seria muy diferente de lo que es, ó por lo menos los pobres católicos no vivirian ya en esta ignorancia, que es causa de tantos vicios." (*Madame de Sainte-Beuve et les Ursulines de Paris*, p. 154.)

"San Pedro, apareciéndose un dia á Ignacio de Loyola, enfermo y casi moribundo, le sanó milagrosamente; sin duda, dicen los historiadores, porque el primer vicario de Jesucristo tenia interés en la conservacion de un hombre, que habia de ser el azote de la herejía y el defensor de la Silla Apostólica. La intervencion del primer Pontífice de Roma en el glorioso orígen del Instituto de Nuestra Señora, revela las mismas armonias y anuncia tambien los servicios que la nueva Orden debia prestar á la fe romana, por medio de la educacion.

"Las Hijas de Nuestra Señora se complacen en hacer notar estas semejanzas y aproximacion, y en las letanias de su profesion el primer nombre que invocan, despues del de María, es el de San Ignacio (1).

(1) *La vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, p. 30.